

PRÓLOGO

*16 de septiembre de 2015
A solo tres meses de las elecciones generales*

Cuando el detective privado Néstor «El Dandi» Sanchís abrió los ojos, supo que algo iba mal. No sabía dónde estaba y las últimas horas eran borrosas. Se frotó la cara para eliminar la pesadez de sus párpados y miró a su alrededor. Al ver la mesa de madera que había junto a él, las pesadas cortinas de terciopelo verde y el espejo en el techo, supo que estaba en un moblé. Pero, ¿cómo había llegado hasta allí?

Intentó no hacer ningún movimiento brusco para no desvelar a la mujer que había a su lado, y que no era su esposa, pero daba igual. Ella ya estaba despierta.

—Buenos días. ¿Cómo lo pasaste ayer noche? —preguntó Verónica Expósito.

—Bien —mintió el detective—. ¿Qué día es hoy?

En cuanto lo preguntó, sintió un inmenso dolor al pensar en Bibi, su mujer, y le asaltó una sensación de ansiedad que no recordaba haber sufrido nunca.

Los últimos meses habían sido muy estresantes y, tras muchas discusiones y ataques de celos incontrolados, Bibi había abandonado la vivienda matrimonial convirtiéndole en la comidilla de Barcelona. Por eso, el día anterior había ido a Madrid, acorralado por una fotografía en la que aparecía besándose con Verónica, decidido a pactar con el banquero Jorge Sánchez Gamonal la entrega de unos vídeos en los que aparecían diversas personalidades españolas en situaciones tan incómodas que provocarían la caída del sistema.

Sintió su corazón cabalgar. Su cabeza estaba a punto de explotar tanto por la resaca como por el esfuerzo que estaba haciendo por juntar las piezas.

Incapaz de seguir ni un minuto más en aquella habitación, Néstor se incorporó y retiró la sábana para levantarse, pero notó la mano de Verónica sobre su brazo, y se quedó inmóvil.

—Dieciséis de septiembre —contestó ella, al fin.

—Gracias —dijo el detective para acto seguido callar.

Suspiró y cerró los ojos intentando recordar lo que había ocurrido.

Aquellos nueve meses habían sido los peores de su vida, aunque lo peor estaba por llegar. Sintió el latido de su corazón en los párpados y se odió a sí mismo por haber vuelto a las andadas. Y es que Sanchís era una rara avis entre los investigadores privados, para los que el alcohol, las noches y las juergas descontroladas era lo habitual. Durante un tiempo, él también había sido infiel, golfo y beligerante, y se había despertado muchos días al lado de mujeres desconocidas. Pero todo eso había cambiado cuando conoció a Bibi. A partir de ese momento se había volcado en ella. Odiaba la mentira y las complicaciones, aunque su vida siempre había sido convulsa, algo comprensible teniendo en cuenta la bipolaridad vital a la que estaba abocado. No sabía muy bien por qué, pero era fuerte, resolutivo y luchador en los negocios y tierno, fiel y complaciente en lo personal. Por eso, muchas veces no se entendía ni a sí mismo. Y ese era uno de esos días. ¿Cómo le iba a explicar aquello a Bibi? Se despreció a sí mismo cuando pensó que tendría que mentir a su esposa y, una vez más, se arrepintió de su pasado, que en los últimos meses había resurgido.

De repente, notó la mano de Verónica rozando sus mejillas. Abrió los ojos. Estaba preparado para todo, pero no para lo que iba a escuchar.

—Anoche disfruté mucho. Ah, y gracias por haber pactado con Jorge y haberle entregado los vídeos para protegerme. Eres un cielo —añadió ella refiriéndose a Jorge Sánchez Gamonal, el *private banker* más joven y rico de Madrid y, a la sazón, el hijastro de Verónica Expósito.

Sintió una arcada y suspiró. ¿Realmente había entregado los vídeos? Estaba seguro de que no había cedido, pero ya no sabía qué creer.

Algo brusco, apartó los estilizados muslos de esa impresionante mujer, entre los que suponía haber retozado la noche anterior, y se incorporó. De repente, un fuerte dolor de cabeza le hizo recordar sus correrías de juventud; el problema era que ya no tenía la misma capacidad de recuperarse y eso le hacía sentir vulnerable, sobre todo en aquella situación en la que seguía sin recordar nada. Se encerró en el baño y se enfrentó al espejo, que le devolvió una imagen que le hizo sentir los remordimientos de saberse un desconocido y de haber traicionado a Bibi. Algo había pasado esa noche, pero aún no sabía qué.

—Adiós —dijo minutos más tarde mientras cerraba la puerta del moblé, tras darse cuenta de que Verónica disimulaba su sueño entre las ásperas sábanas de aquel refugio de parejas de amantes.

Al salir a la calle, descubrió con estupor que estaba en Barcelona. Empezaba a estar agobiado. ¿Cómo había llegado hasta allí desde Madrid?

Aturdido, cogió un taxi para dirigirse a su casa. A la altura de la calle Ganduxer, indicó al taxista que parase. Quería recorrer a pie los últimos metros para intentar despegarse y comprobar si le estaban siguiendo. Pero no le sirvió de mucho, porque ya estaban allí.

Le estaban esperando.

Notó que la sangre se hacía patente bajo la piel de sus mejillas. Por un momento pensó en huir, pero, finalmente, Néstor Sanchís se entregó a los policías que le aguardaban frente a la puerta de su casa y que, previsiblemente, lo iban a conducir a los calabozos policiales, donde ya había estado las semanas anteriores. O se plegaba a los intereses de aquella gente o acabaría muerto, eso lo sabía; también que aquello era el preludio del desprestigio profesional, las imputaciones y el descrédito público que iba a aguantar impertérrito porque no pensaba desvelar su secreto profesional. Cuando uno de los policías le abrió la puerta trasera, Sanchís entró. Era inocente y esperaba poder demostrarlo. Lo único que necesitaba era tiempo y libertad.

El coche arrancó con el detective esposado en el interior, pero la ruta que tomó no conducía a la comisaría de policía. Respiró profundamente y adoptó una posición casi fetal para evitar que las esposas se clavasen en la piel de sus muñecas.

—Llevamos veinticuatro horas buscándote —informó el policía—. ¿Dónde estabas?

Calló. Recordaba la regla de oro frente a una detención: callar o negar. Además, así tendría tiempo para organizar una estrategia. Pero primero necesitaba reconstruir las horas previas para comprender cómo había acabado allí. La última imagen que tenía de sí mismo era en Madrid, saliendo de una notaría dispuesto a solventar, de una vez por todas, sus problemas con la familia Sánchez Gamonal. Luego se había dirigido caminando hasta el barrio de Sol y se había parado frente a un edificio de diez plantas desocupadas, salvo la última, donde Jorge Sánchez Gamonal tenía su centro de operaciones ilegales. ¿Cómo se había podido

despertar en Barcelona, con Verónica Expósito desnuda a su lado, 24 horas después?

Le costaba recordar.

Suspiró y comprobó que giraban por Plaza España para salir de la ciudad. No tenía fuerzas ni para quejarse. Se acomodó lo mejor que pudo en aquel incómodo coche patrulla para aliviar el dolor que le producía la resaca en su cerebro, que luchaba por desentrañar sus últimos recuerdos. Poco a poco, fueron llegándole flashes de lo que había ocurrido.

Había tomado un ascensor en aquel edificio madrileño, recordó. Cuando las puertas se abrieron, se topó de bruces con el ex espía del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), Dimas Arias, que ni siquiera le había dirigido la palabra y que, tras poner su dedo en el lector biométrico de huellas y mirar a la cámara de vídeo que enfocaba la puerta, la abrió. Sabía que había entrado tras él y solo cuando estuvieron en el interior había podido escuchar su voz aflautada, que no concordaba con su aspecto rudo pero intelectual.

—Desnúdese, señor Sanchís —le había indicado.

Obedeció, eso era seguro. Se había quitado el traje sastre hecho a medida en Londres y dejado que Arias le cachease. Luego el ex espía se había girado hacia otra cámara de vídeo que, situada en una de las esquinas de la sala de espera del despacho, permitía controlar toda la estancia. Entonces había negado con la cabeza para que, quien estaba observando la escena desde otro despacho, supiese que Sanchís no llevaba micrófonos.

—Ya puede vestirse —le había ordenado con una sonrisa cínica y cruel—. Deme los vídeos, por favor.

—No se los daré hasta que llegue a un acuerdo con Jorge Sánchez en persona —había replicado Sanchís.

Un dolor le hizo recordar que, minutos más tarde, Arias había aparecido de nuevo y que, tras agarrarlo del brazo con violencia, lo había llevado a un despacho donde le esperaba el Don, Jorge Sánchez Gamonal. Era tal y como lo recordaba: rubio y con cara de niño; de cuerpo atlético y aspecto de empollón.

Estaba sentado, fumando un cigarrillo y bebiendo un whisky en vaso corto y con hielo, en un sillón chéster de color marrón; era la fiel imagen de su padre, Tomás Sánchez, el banquero que había creado una

sociedad criminal en la que delincuentes y políticos blanqueaban su dinero negro.

—Siéntate, por favor —había dicho Jorge—. Perdona las medidas de seguridad, pero después de todo lo que ha ocurrido estos meses no tengo más remedio que tomar precauciones... Has estado muy ocupado desbaratando mis planes y por fin te tengo cogido por las pelotas. —Había sonreído—. ¿Quieres tomar algo? —Le había preguntado mientras le servía una bebida que ahora no recordaba—. Vayamos al grano. ¿Has traído los documentos que exoneran a Verónica? ¿Y los vídeos?

—Sí, he traído los documentos —había contestado—. Pero necesito tu palabra de que después de esto te olvidarás de mí y de mi familia.

—¿Y los vídeos?

—Son mi salvaguarda. Si algo me pasa, se harán públicos. Los vídeos no estaban en mi pacto y aquí tienes el informe que demostrará la inocencia de Verónica Expósito.

Eran las últimas palabras que su cerebro podía procesar, pero le permitían despejar, al menos, una de las incógnitas: no había entregado los vídeos

El traqueteo del vehículo le hizo sentirse algo mareado y, sin embargo, algo en su cerebro se iluminó cuando el coche policial frenó de golpe para sortear una motocicleta que casi les embiste. Empezó a rebuscar en su memoria y una sonrisa cínica apareció en su rostro cuando el policía miró a través del retrovisor del coche camuflado y gruñó un exabrupto que Sanchís no supo entender.

—¿Dónde vamos? —le preguntó finalmente.

—A la Fiscalía. Tiene usted que responder por la muerte de Maribel Inieta.

Cuando Néstor desapareció por la puerta, Verónica Expósito se vistió a toda prisa y se dirigió al aeropuerto para tomar un avión con destino a Madrid. Había llegado el momento de volver a formar parte de la familia Sánchez Gamonal.

Llegó al barrio de Sol y se encaminó al edificio en el que su hijastro tenía instalado su despacho clandestino; el mismo lugar en el que, el día anterior, habían pactado traicionar a Néstor Sanchís.

Intuía que iba a ser una mañana difícil para mucha gente, aunque

aún no conocía los motivos que, semanas después, le harían entender la tormenta perfecta que nadie había sido capaz de advertir y que se había iniciado nueve meses antes, tras el anuncio de la candidatura de Lucas Odiseo a la presidencia del Gobierno español. La simple negativa del detective privado Néstor «El Dandi» Sanchís a cumplir con su parte del trato, la tarde anterior, había desencadenado todo y había decidido quién sería el próximo presidente del Gobierno.

Una simple negativa había sido suficiente.

Por eso, a tres meses escasos de las elecciones generales, alguien ya había decidido quién iba a gobernar. El único dilema para quien lo había planificado todo había sido determinar si el poder era más importante que el dinero. Porque lo que ocurrió ese 16 de septiembre fue motivo de muchas investigaciones y lo que permitió, tanto a los medios de comunicación como a la Fiscalía, conocer el nombre del hombre que movía los hilos en las sombras del poder y de la abogada que transportaba los maletines con el dinero negro de la corrupción.

Verónica, que no había tenido tiempo ni de arreglarse esa mañana antes de abandonar Barcelona, se sentía un poco incómoda por su aspecto. Aún llevaba una camisa de gasa negra semitransparente y una falda tan corta que era impúdica incluso para ella. Tras sortear todas las medidas de seguridad, se encontró frente a frente con el joven banquero que tanto la había odiado en el pasado.

—Siento mucho lo de tu amante... —dijo Jorge Sánchez.

Verónica asintió y comprendió que había llegado el momento de sentar la cabeza. Había llevado una vida disoluta desde que se había divorciado de Tomás, el padre de Jorge y fundador del Banco Continental, un *private bank* que permitía el blanqueo de capitales de los políticos y los delincuentes de todo el mundo. A sus cuarenta años se había convertido en una morena exuberante que conseguía todo lo que se proponía con mucha habilidad y algo de maldad. Era despiadada y, aunque sabía que su cuerpo era la principal arma para desestabilizar a los hombres, necesitaba a toda costa reafirmar su inteligencia con un verbo directo y cruel. Todavía se sentía débil frente a él y, por eso y por la prolongada descarga de adrenalina de los últimos días, empezó a temblar.

—No te preocupes. Todo saldrá bien y espero que lo entiendas, Vero. Era lo mejor... —añadió Jorge Sánchez sin acabar la frase, contento de que Verónica volviese a ser de la familia—. Bueno, ahí tienes a Lu-

cas Odiseo. Te espera dentro de ese despacho. Es todo tuyo, conviértelo en el próximo presidente del Gobierno —le ordenó el joven banquero.

—Tranquilo, cumpliré mi parte —contestó ella.

—¿Sabes las últimas novedades?

—Sí, lo he leído en el avión. ¿No había ya suficientes muertos? —preguntó—. Y ahora un vagabundo...

—Era el último escollo y él lo sabía, por eso ha... —repuso Sánchez Gamonal sin acabar la frase—. Sabía lo de Lucas Odiseo.

Y fue precisamente Odiseo el siguiente que aquella mañana determinó su futuro.

Llevaba esperando cerca de treinta minutos en aquel despacho del que habían retirado casi todos los muebles y dejado únicamente dos sillas y una pequeña mesa situada de forma estratégica justo en medio de la estancia. En cuanto Verónica abrió la puerta, él echó una mirada a su escote e, intentando que no se notara su deseo, espetó con rabia:

—Por fin, joder.

Había pasado los últimos años dirigiendo el Gabinete de la Presidencia del Gobierno y antes había sido presidente de la Comunidad de Madrid. Llevaba toda la vida haciendo esperar a los empresarios que iban a su despacho a suplicar por un contrato, y no iba a aceptar que una pelandusca de tres al cuarto le retrasara su ocupada agenda.

—Si quieres, me voy —contestó Verónica con desdén.

Vio cómo el político, al que conocían como «El Manijero», negaba con la cabeza. No había ninguna duda de que la necesitaba si quería ser el próximo presidente del Gobierno español, aunque no la soportase. Se habían conocido poco tiempo antes, a través de uno de los capos empresariales que financiaban al partido político de Odiseo, y era la última persona que le hubiese gustado tratar profesionalmente.

—Soy tu último escollo antes de dirigir el país —dijo sibilina.

Verónica miró a su nuevo alumno y negó con la cabeza. «Es insufrible, poco agraciado, altanero, sin empatía ni garra. ¿Cómo lo voy a convertir en el candidato?», se preguntó. Sin embargo, sabía que tenía que cumplir con su parte del trato.

—Siéntate —ordenó señalando el centro de la habitación.

Ella también se sentó y bebió algo para olvidar la resaca y, antes de

dirigirse a él, sacó un documento de su bolso. Dio un nuevo sorbo a la bebida, miró al papel que parecía la fotocopia de una hoja de libreta y luego fijó sus ojos en el pequeño político.

—¿Qué voy a hacer contigo? —comentó Verónica casi para sí mientras comprobaba que él la miraba con suficiencia. Por eso echó su cuerpo hacia adelante y lo escrutó fijamente, queriéndole amedrentar.

Verónica sabía que se presentaba como candidato a las elecciones generales de España y lo conocía mejor que él mismo. Leyó el papel donde había tomado nota de todo lo que le habían explicado y repasó en silencio el historial de Odiseo. Había medrado desde las bases del partido hasta que, a los treinta y ocho años, se convirtió en presidente de la Comunidad de Madrid y, más tarde, a los cuarenta y cuatro, en el jefe de Gabinete de la Presidencia del Gobierno. Ahora, con casi cuarenta y ocho años, le tocaba ser el cabeza de lista para las elecciones generales. Su partido había ganado con mayoría absoluta en los comicios del 2011 y el presidente Carlos Morales, que había evitado el rescate de España y conseguido enderezar la situación económica, iba a cederle su puesto. Los ciudadanos, que no percibían la mejoría de la economía, se habían ido alejando de su mandatario y las encuestas vaticinaban un desastre electoral si se presentaba Morales. Aun así, lo que más había lastrado al presidente había sido la corrupción de su partido, por lo que los barones de su grupo parlamentario le habían exigido una cara nueva a quien no le pudieran reprochar la suciedad en la forma de gobernar. El presidente Morales, intachable, honrado y preparado, había tenido que ceder el testigo a su jefe de Gabinete, con fama de corrupto en el seno del partido, pero un adalid de la limpieza para el gran público, acosado por los poderosos banqueros que habían tenido mucho que ver en esa decisión.

—Estoy esperando —añadió Verónica mientras negaba con la cabeza. Luego levantó las manos, dándole a entender que quería una respuesta.

—Quiero que me conviertas en un candidato imbatible —dijo por fin Odiseo.

—¿Quieres ser presidente del Gobierno? —preguntó ella con retintín—. Pues sé sincero, joder. Aquí, en este papel, están tus secretos... —disparó, mientras señalaba con el dedo el documento que llevaba en las manos—. Tenemos que crear tu historia oficial y comprobar los trapos sucios que periodistas y detectives van a encontrar en tu biografía.

Por eso voy a hacerte este interrogatorio sobre tu vida privada y, sobre todo, sobre tu vida secreta. Solo si lo sorteas serás el candidato.

—Mis secretos son eso, secretos —acertó a decir Odiseo, abrumado por la situación.

—Ja —espetó Verónica—. Y una mierda. Todos tenemos algo que ocultar y estamos aquí para descubrir lo que tú escondes, antes de que lo hagan los periodistas. Y lo que no podamos tapar lo convertiremos en una cortina de humo buscando a un culpable. Y si crees que nadie te investigará, te equivocas. Lo harán hasta la saciedad, hasta que consigán desentrañar tu vida... Tenemos que crearte como candidato, saber cuáles son los peligros y conseguir minimizarlos.

—Chorradas —contestó—. Yo no tengo condenas ni detenciones.

—Ya lo sé, de eso nos hemos ocupado nosotros. Hemos borrado tus huellas de los delitos más antiguos, pero ahora tenemos que saber qué más hay en tu vida que pueda hacer peligrar nuestros intereses.

—Nadie puede acusarme de nada —exclamó con cara de ofendido.

Entonces Verónica se inclinó aún más y, a escasos centímetros del rostro del político, olió el aroma entre dulzón y agrio que desprendería.

—Tu ex mujer. ¿Algo que te pueda echar en cara?

—Muchas cosas joder, como la mayoría de la gente en estos casos.

—No me has entendido. ¿Sadomasoquismo, bukakes, tríos, drogas? —preguntó algo más relajada.

—No. A ella no... No le iba ese rollo —repuso Lucas.

—¿Ni siquiera una pizquita? ¡Pues qué mujer más aburrida! —soltó Verónica con cinismo mientras volvía a acomodarse en la silla. Al apoyar los brazos en la mesa, dejó entrever sus pechos a través del escote. Sonrió al ver cómo el ególatra Odiseo se desquiciaba al saber que no podía poseerla, con los puños cerrados y una vena que surcaba su sien queriendo explotar.

—Vale, de vez en cuando. Un latigazo por aquí, otro por allá... poca cosa. Nada que no salga en *Cincuenta sombras de Grey*. A mi ex en otra época le gustaba que la fustigase un poquito. Nada que ahora me pueda echar en cara —afirmó antes de quedar como un aburrido.

—¿Alguna vez delante de vuestros hijos? ¿La chica de servicio? ¿Os vio el mayordomo? ¿Intercambio de parejas? ¿Tríos?

—Joder, no. No soy un dechado de virtudes, pero frente a los niños, no. Y el servicio no sale de la puta cocina, no puede saber nada.

—Bien. Pasemos a la siguiente cuestión. ¿Prostitución?

—¿Cuándo va a acabar esto? —masculló Odiseo removiéndose en la silla, incómodo por la iluminación de la habitación.

La luz directa le impedía ocultar sus gestos. Sentado en aquella silla en medio de la sala no había nada que pudiese ocultar. Entonces, Odiseo llevó la mano a su boca y cruzó las piernas tras la silla. «Ya lo tengo. Este es su punto débil. La prostitución», se dijo Verónica. Estaba grabando toda la sesión para que otros especialistas analizasen, con posterioridad, su lenguaje corporal, tan importante para las entrevistas televisadas.

—Cuando yo lo diga y cuando lo sepa todo de ti. Conozco muy bien a la gente como tú y sé cuándo se guarda suficiente mierda como para enterrarles en vida. Ahora eres esclavo de los Sánchez Gamonal —afirmó sonriente mientras se acordaba de Tomás, su ex marido—. Sabes quién es Tomás, ¿verdad? Un hombre de verdad que ha quebrado todas las leyes existentes para llegar a controlar un banco y lavar el dinero de los políticos corruptos como tú. Pues eres su empleado. ¿Me has entendido? —añadió hasta que «El Manijero» asintió con la cabeza—. ¿De quién más quieres serlo? ¿De la prensa? ¿De la oposición?

Él no contestó y Verónica se volvió a acercar asqueada por el olor a sudor que desprendía.

—¿Prostitución?

—Sí, joder. Claro que he ido a algunos puticlubs con gente del partido, pero solo a algunos clubes de las afueras. Y en el extranjero en los hoteles.

—¿Cuántas mujeres?

—No lo sé. He perdido la cuenta.

—¡Qué machote! —rió—. ¿Hombres?

—No —contestó Odiseo levantándose, como un resorte de la silla.

—Siéntate —ordenó Verónica que sabía que a un político se le perdona todo, excepto el asesinato, la homosexualidad o los malos tratos a una mujer.

Odiseo obedeció.

—¿Hubo drogas?

—Sí. Algo de chocolate y poco más.

—¿Cocaína? —dijo, mirándole fijamente. Él bajo los ojos y asintió—. ¿Y alguna de esas chicas sabía quién eras?

—Bueno, pues... Mira, me he divertido de vez en cuando, ¿vale?

—exclamó mientras alzaba los hombros para que la camisa se despegase de sus húmedas axilas. Sus ojos se abrían y cerraban sin cesar y las aletas de su nariz no paraban de vibrar.

—Detalles, por favor.

—¿Disfrutas con esto? —preguntó el candidato mirándola fijamente a los ojos.

—¿Un ginecólogo disfruta tocando el sexo de una mujer? Deja de decir sandeces, Lucas.

—¿Entonces, qué quieres? ¿Saber cuántas veces me he corrido en mi vida? ¿A cuántas mujeres me he tirado? ¿Quieres que te folle? ¿Te pones cachonda con todo esto?

—Sinceramente, me importas muy poco. A mí no me vas a tocar ni con un palo, eso tenlo por supuesto. Y que ganes o pierdas las elecciones no me interesa. Pero mi familia necesita que las ganes, y por eso estoy aquí. Y si quieres hacerlo, cumple con lo que yo te diga y, si no, date por arruinado políticamente. —Él negó con la cabeza sin hablar—. Estamos a tres meses de las elecciones... ¡Contesta! ¿Cada cuánto tiempo te acostabas con prostitutas?

—Una vez a la semana, más o menos. Una juerga para salir del estrés del poder. Necesito evadirme de los problemas. Las putas, el whisky y la coca me ayudan a ello.

—¿Alguna menor de edad?

—Vete a la puta mierda —dijo, sabiendo que Verónica conocía la respuesta.

—¿Tu ex mujer puede acusarte de malos tratos? ¿Y qué me dices de la chica que violaste siendo un jovencito imberbe?

Fue entonces cuando Odiseo se jugó su futuro.

Se levantó de la silla, se puso la chaqueta y se marchó dejando a Verónica con la palabra en la boca. Ella sonrió al comprobar que el candidato había quebrado la voluntad de Jorge Sánchez Gamonal. Nada de lo que Odiseo le había dicho les era desconocido, pero aquella confesión grabada valía su peso en oro. En cuanto se quedó a solas, miró al techo de la sala, donde sabía que estaba la cámara.

—No está preparado —dijo Verónica.

—Tranquila, lo estará, sobre todo ahora que Sanchís nos ha dado el informe que prueba que tú no mataste al marroquí. Ahora ya estamos a salvo de tipos como este —se escuchó a través de unos altavoces.

—Lo sé, Jorge, pero aún no le he podido interrogar sobre la muerte del abogado Bernaus ni sobre la detención de su mano derecha por el cobro de un soborno de un millón de euros. Tampoco me ha dicho cuál va a ser su posición en el tema catalán...

—Tranquila —interrumpió Jorge Sánchez—. Todo eso lo tenemos controlado. Dimas Arias tiene todos los datos y Odiseo es nuestro.

—¿Y el maletín de la abogada?

—Controlado.

—De acuerdo. ¿Pero ganará las elecciones generales?

—¿Quién? —preguntó Sánchez Gamonal.

—Odiseo.

—No lo sé —mintió sin querer desvelar sus cartas.

Jorge Sánchez Gamonal tenía todo el poder en sus manos y, en ese momento, cuando quedaban tres meses escasos para las elecciones nacionales, el joven banquero acababa de determinar quién iba a gobernar en España los próximos cuatro años.

Un momento, amigo lector. Respira, exhala y, por favor, dame medio minuto de tu tiempo antes de volver a enfrascarte en la novela. ¿Ya? De acuerdo, porque debo decirte que vas a adentrarte en una historia ficticia sobre la política española. Algunos entendidos dijeron que mi anterior novela ocultaba muchos mensajes. Otros, que podían ver paralelismos entre la vida real y los personajes, y casi todos que había soterrado en arquetipos mis conocimientos sobre la vida judicial y el juego de poderes en la trastienda de nuestra sociedad.

Aun así, déjame decirte que esta es una historia de ficción y que, como tal, me he permitido muchas licencias para adentrarte en el mundo real de los personajes que mueven nuestro dinero. Porque si con *La Preparadora de Juicios* intenté explicar lo que ocurre entre las bambalinas del mundo judicial, con *Realpolitik* descubrirás cómo manejan el poder algunos políticos de nuestro país y, sobre todo, qué hacen con nuestro dinero.

Si lo que he escrito parte de mis conocimientos como detective nunca lo sabrás. Pero te aseguro que, en algún lugar del mundo, existen detectives como los que describo en esta novela.

Y ahora solo déjame pedirte un favor... Guarda silencio.

PRIMERA PARTE

Nueve meses antes...
Entre enero y marzo de 2015

1

Era lunes, uno de esos días eternos que nunca acaban. Llevaba unos meses con el despacho envejeciendo, desde que había anunciado que dejaba su profesión y colgaba el traje de detective privado, acuciado por su último caso. La Navidad había pasado melancólica y a cámara lenta en casa de Néstor «El Dandi» Sanchís, porque la promesa que le había hecho a Bibi seguía vigente. Ya no aceptaba investigaciones. Se estaba consumiendo, cada día más canoso, más delgado y menos señorial. Sus trajes, hechos a medida con las mejores agujas del mundo, permanecían olvidados en el vestidor de su vivienda, y su humor se había tornado agrio, porque, en el fondo, no quería renunciar a su profesión, a su vida. Pero pese a todo, había cumplido su parte del trato, porque «la familia siempre es lo primero», se repetía frente al espejo, una y otra vez, para convencerse de su decisión. Ya nadie se acordaba de su resolutiva defensa en el caso Bank Little, su teléfono había dejado de sonar y su repentino paso del éxito al fracaso le había sumido en una tristeza difícil de superar.

Su secretaria había abierto a las nueve en punto, como cada mañana. Él apareció una hora más tarde. Primero había desayunado y leído la prensa: economía, política y sociedad, por ese orden y sin poderse centrar más que en alguna noticia, fantaseando con nuevas investigaciones y clientes. Pero lo único que podía hacer por ahora era finalizar los casos antiguos que se habían ido acumulando sobre la mesa.

Se metió en su despacho y dejó pasar las horas frente a un papel en blanco. Miraba al infinito pensando cómo reinventarse, cómo iniciar una nueva vida alejado de las investigaciones. ¿Qué podía hacer? ¿De qué podía vivir? ¿Cómo convencer a Bibi para volver a ser un detective? Desechaba todas las peregrinas ideas que circulaban por su cerebro, porque, aunque no quisiera decirlo en voz alta, echaba de menos su vida, incluso la menos operativa: desayunos de negocios, comidas de negocios y cenas de negocios. Estrechar manos, sonreír y firmar contratos.

Así transcurrieron las primeras horas del día, algo que se estaba volviendo habitual desde que, semanas atrás, había tomado la decisión de cerrar su despacho atenazado por las amenazas y los chantajes que la familia Sánchez Gamonal le había infligido en ese último caso.

Pero esa mañana iba a ser diferente.

Escuchó un taconeo que se acercaba e imaginó unas piernas torneadas, una estilosa forma de vestir y una voz sensual. Al verla aparecer por la puerta, notó que se le erizaba la piel. Se había sentido pequeño a su lado desde que la había visto por primera vez, cuando merodeaba alrededor del juzgado donde él había asistido para declarar por el caso Bank Little y ella le había ganado la partida. De eso hacía ya algunos meses, pero Néstor recordaba su melena morena, sus ojos color melaza y su cincelada cintura. Se incorporó como un resorte justo en el momento que Verónica Expósito cruzó el umbral, vestida con un traje chaqueta de Dior que ocultaba el cuerpo con el que Néstor había fantaseado. Y esos zapatos de tacón... Siempre había sido un poco fetichista.

—Buenos días, señor Sanchís —dijo Verónica Expósito.

Intentó poner su cara más profesional, aunque sus ojos le traicionaron cuando la miró de arriba abajo sin contestar. Sus perfeccionados pómulos eran como su cuerpo, torneado por los mejores bisturís de la Ciudad Condal. El traje negro, abotonado bajo su voluptuoso pecho artificial, realizaba la blusa de seda beige. Parecía una profesional liberal con su bolso de Chanel y unos zapatos, con diez centímetros de tacón, que estilizaban su figura.

—Buenos días, Verónica. Siéntate, por favor —contestó Néstor.

Sin mediar palabra, ella abrió su pequeño bolso acharolado y lo observó fijamente mientras sacaba del interior una documentación legal.

—Necesito contratarte —informó ella.

Solo entonces se sentó frente a él, con su mirada desafiante escrutando los ojos color miel del detective, cuyo rostro lo decía todo. Era un signo de interrogación en toda regla. ¿Tú? ¿Para qué? ¿Por qué a mí? Parecía no entender nada y aun así, tomó los papeles que ella le había tendido y los leyó. Era un atestado de la policía de Marruecos.

—Me van a acusar de asesinato —afirmó Verónica.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Sácame de este atolladero y mi familia, los Sánchez Gamonal, se olvidarán de ti. Acepta el trabajo y podrás volver a abrir tu negocio, sin temer por tu vida. Todo estará perdonado. Y si es verdad eso que se rumorea de que has prometido a tu mujer no volver a investigar, hablaré con ella para que lo entienda.

Esa última afirmación le sobresaltó. ¿Se atrevería ella a hablar con Bibi? ¿Estaba loca? Bibi jamás se prestaría a sentarse con aquella mujer, se dijo. Era demasiado celosa.

Aun así, no la echó.

—Creo que no me interesa. Yo ya estoy retirado como habrás podido escuchar en los mentideros de Madrid y Barcelona. Pues esta vez no se equivocan. He dejado la profesión de detective privado.

—¿Has leído la prensa de hoy, verdad? —preguntó la mujer de forma retórica mientras señalaba el periódico plegado frente al investigador—. Lucas Odiseo, el jefe de Gabinete de la Presidencia del Gobierno, ha dicho que, si los barones de su partido ganan las elecciones municipales y autonómicas de mayo, se va a presentar como candidato a las generales de final de año. Que no va a permitir la secesión de los independentistas catalanes y que suspenderá la autonomía catalana. Hay una batalla encarnizada en su propio partido. Y te puedo asegurar que si Odiseo se presenta a las elecciones y las gana, yo estoy perdida —afirmó sin dar más explicaciones.

El investigador se encogió de hombros. Había leído aquella noticia en diagonal, porque había sido otra la que le había llamado la atención.

—Nada de todo eso me importa, Verónica —dijo sin entender por qué ella peligraba en manos de Odiseo.

Verónica frunció los labios y se inclinó hacia adelante para situarse frente a los ojos del detective. Posó su pecho sobre la mesa dejando que la blusa se abriese unos centímetros y Sanchís no pudo sustraerse a echarles un vistazo.

—Vayamos al grano, Néstor. El grupo de inteligencia de la policía ha abierto una investigación contra ti.

El detective sonrió, acostumbrado a ese tipo de amenazas. Su ojo mental funcionaba a toda velocidad. ¿Por qué querría una mujer del equipo de su mayor enemigo que trabajase para ella? ¿Le estaba intentando engañar? ¿Pretendía seducirle? ¿Era una trampa? ¿Para qué le

explicaba las intenciones políticas del jefe del Gabinete de la Presidencia? Decidió que lo mejor sería escucharla.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Tu secreto, Néstor, ese que tanto trabajo te ha costado ocultar, se llama fraude fiscal y hay una acusación contra ti por usar una cuenta bancaria en Bahamas. Como ya sabes, controlamos el sistema y, si me ayudas en esto, nadie te acusará de nada. De lo contrario, te verás abocado a una inspección fiscal eterna y una acusación penal contra ti. Ahora que estás sin trabajo, te vas a morir enterrado entre papeleos, arruinado por los costes de abogados, con la prensa olfateando a tu alrededor... A nadie le gusta perder el puesto en la sociedad que tanto le ha costado ganar y a ti te van a pisar como a una cucaracha.

Néstor sonrió. Se sentía a salvo. Ese no era el secreto que le atenazaba y por el que, en realidad, había dejado de lado su profesión para intentar salvar su matrimonio. Sin embargo, había algo en Sanchís que siempre le impedía dejar una duda sin resolver. Sobre todo si se trataba de una amenaza.

—¿Y si te ayudo? ¿Yo qué gano?

—Todas esas acusaciones desaparecerán... Por arte de magia —afirmó Verónica con una sonrisa triunfal.

—¿Y por qué me tengo que fiar de ti?

—¿Conoces a Iro Arrabal? —preguntó Verónica.

—Desde luego —contestó el detective con la boca seca mientras abría los ojos de par en par. «¿Qué tiene que ver Arrabal en todo esto?», se sorprendió mientras Verónica mostraba sus dientes blancos, a través de sus labios carnosos, pintados de bermellón.

—Te está esperando en el hotel Presidente. Diez minutos, solo necesita eso para explicártelo todo.